

Catecismo 2143 El segundo mandamiento: "No tomaras el nombre de Dios en vano" –I-

Mons. JOSE IGNACIO MUNILLA

Obispo de San Sebastián

Un cordial saludo a todos los oyentes de Radio María. Un día más, con la gracia del Señor, proseguimos el comentario del catecismo de nuestra madre la Iglesia.

Punto 2143:

Entre todas las palabras de la Revelación hay una, singular, que es la revelación de su Nombre. Dios confía su Nombre a los que creen en Él; se revela a ellos en su misterio personal. El don del Nombre pertenece al orden de la confianza y la intimidad. "El nombre del Señor es santo". Por eso el hombre no puede usar mal de él. Lo debe guardar en la memoria en un silencio de adoración amorosa (cf Za 2, 17). No lo empleará en sus propias palabras, sino para bendecirlo, alabarlo y glorificarlo (cf Sal 29, 2; 96, 2; 113, 1-2).

Este punto del catecismo, además de decir grandes verdades, las está expresando muy bellamente.

Comienza diciendo:

Entre todas las palabras de la Revelación hay una, singular, que es la revelación de su Nombre.

Dios nos revela muchas cosas: nos revela los hechos de la salvación, la creación, que forma parte del inicio de la historia de la salvación. Lo ha llevado a cabo a través de los profetas, a través de Israel.

Llegado el momento cumbre nos habla de la **redención y de la santificación**,

Además, no solo nos está revelando los "hechos", los "acontecimientos salvíficos"; también nos habla y nos revela los mandamientos: "**como espera Dios que vivamos coherentemente en la condición de seguidores de Yahveh**".

También por su misericordia nos revela "el más allá": "**Cual es la heredad de la vida eterna, para la que Dios nos ha creado**".

Es verdad que la revelación es sobria. Muchas personas tienen el problema, porque quisieran que la revelación fuera más detallada y que tuviera más curiosidades.

Pero no es así: es sobria, pero al mismo tiempo es "**completa**". Nos dice lo necesario: "no más, pero tampoco menos".

Entre todas las cosas que Dios revela, hay una que es muy importante, y que a nosotros nos parece una nimiedad: "**el nombre de Dios**". Pensamos que lo importante es el "que", no el "como" se llama.

Pero el nombre es muy importante. Tenemos una cultura que es demasiado "practicista". Proyectamos hasta en Dios, nuestro sentido utilitarista.

Ante Dios no podemos ser tan utilitaristas, tenemos que dejar que Él nos hable, y que nos haga entender que es lo principal.

No podemos juzgar la revelación desde mis categorías.

Dios nos revela su nombre; y de una manera singular a Moisés en el episodio de la "zarza ardiendo":

YAHVEH = YO SOY EL QUE SOY.

A Dios no le pone nadie el "nombre", es El, el que tiene el ser por sí mismo. Ponerle el nombre a otro es tener alguna autoridad sobre él. De hecho, Yahveh le dio una autoridad al hombre para que pusiera el nombre a los animales.

Con esa actitud de humildad, solamente nos podemos acercar a Dios.

Es Dios el que se revela; *¿o me vas a decir a mi quien soy YO...?*

Es un signo de la majestad de Dios; el hombre puede poner el nombre a toda la creación, pero a Dios no le puede poner el nombre.

Continúa este punto:

Dios confía su Nombre a los que creen en Él; se revela a ellos en su misterio personal.

Aquí no se trata de revelar una serie de hechos o acontecimientos, sino que "**habla de sí mismo**" *su misterio personal*.

Es una parte de la revelación que se refiere más a la intimidad, a lo que es confidencial: **Dios nos habla de sí mismo.**

Juan 15, 15:

15 *Este es el mandamiento mío: que os améis uno a los otros como YO os he amado.*

Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos si hacéis lo que yo os mando.

16 *No os llamo ya "siervos", porque el siervo no sabe lo que hace su amo.*

A vosotros os llamo amigos, porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer.

Esta es la clave, para entender la importancia de que Dios revele su nombre.

A un siervo se le pueden decir muchas cosas, incluso cosas de confianza; pero es un "siervo", no un hijo, no es un hermano, no es un amigo. **La intimidad plena no se le descubre a un siervo.**

Recientemente leía una referencia al cardenal Van Thuan, estuvo preso 13 años en Vietnam del norte. Él cuenta que de los trece años, nueve años estuvo en total aislamiento. Y dice que Dios le quiso revelar, y darle a entender:

"Hasta ahora has estado ocupado de "mis cosas", pero ahora en prisión quiero que te ocupes en "estar conmigo". Tú ocúpate en Mí, que yo ya me ocupare de tus cosas.

El cardenal entendió que Dios le pedía que profundizase y ahondase en el misterio de la intimidad con El. Recorro a esto para resaltar que de toda la revelación, lo más íntimo, lo más personal de Dios es que nos ha revelado su nombre: **DIOS ES ALGUIEN, ES ALGUIEN PERSONAL**, con el que estoy llamado a tener un "tú a tú".

Porque podemos estar totalmente volcados en "hacer cosas por Dios", y nos olvidamos de la relación personal con El.

Corremos el riesgo de tratar a Dios como si se tratase de una "ética" de unos "valores", y no de un trato con una Persona: **Dios nos revela su nombre**, para que el hombre entienda que lo principal no son "las cosas de Dios", sino que es **Dios mismo**.

En este punto se nos remite al punto 203:

Dios se reveló a su pueblo Israel dándole a conocer su Nombre. El nombre expresa la esencia, la identidad de la persona y el sentido de su vida. Dios tiene un nombre. No es una fuerza anónima. Comunicar su nombre es darse a conocer a los otros. Es, en cierta manera, comunicarse a sí mismo haciéndose accesible, capaz de ser más íntimamente conocido y de ser invocado personalmente.

También el nombre es "sentido de la vocación de una persona: "**El Mesías le pondrás por nombre Jesús: "salvador"**", es la vocación y el sentido.

Subraya en este punto que "Dios no es una ética, una ideología" **Dios es una persona. Por** eso al dar a conocer su nombre, Dios se hace accesible, es como abrirte la puerta.

Forma parte de nuestra relación con las personas, a través del nombre.

De tal manera que para hablar con Dios no es necesario una carta de "recomendación": "Yo te he dicho mi nombre para que podamos tener una relación de intimidad". Esto es algo muy serio.

El problema es que estamos en una cultura tan superficial que se confunde tener "confianza" con "tomarnos confianzas".

Continúa este punto diciendo:

"El nombre del Señor es santo". Por eso el hombre no puede usar mal de él.

Esto de "usar" es un peligro, porque detrás puede estar el de "manipular", que es cuando uno "usa de una cosa a su conveniencia".

Y usamos a otros, no solo hablamos de Dios. Por ejemplo: cuando alguien tiene celos, o "recela" de otra persona y en vez de hablarle directamente y decirle claramente lo que tiene contra él; se lo dice a otros y usa de estos como mensajeros. Y lo gordo es que esto lo podemos hacer de una manera inconsciente, que estemos manipulando a otras personas y no caemos en cuenta.

Esto que ocurre en las relaciones entre las personas, también puede ocurrir con nuestra relación con el nombre de Dios: **Usar mal el nombre de Dios.**

Que no se refiere solamente en lo que es estrictamente la blasfemia; usar mal el nombre de Dios es intentar recurrir a su autoridad para confirmar mis caprichos.

Esa famosa expresión: "**Deus vult**": **Dios lo quiere.**

Por supuesto que el hombre puede hacer grandes acciones con la conciencia que "si Dios me lo pide": lo hare. Tantos misioneros han acometido obras de evangelización peligrosas, arriesgadas, y lo han hecho con la conciencia de que "**Dios lo quiere**".

Pero también existen riesgos de que ese "*Dios lo quiere*", se recurre a eso para "salirme con la mia". Por ejemplo, en la historia de las cruzadas (aunque comenzasen por una causa totalmente justa), "*Deus Vul*" decían los cruzados, pero al final les llevaron a unos límites donde su usaba a Dios para justificar codicias y poder humano.

Por eso de "invocar a Dios " hay que hacerlo con mucha humildad, "**sin usar de Él**".

Ante Dios siempre somos mendigos: *¿Señor cuál es tu voluntad?*

Eso de pretender tener una conciencia de absoluta certeza de que "*Dios quiere esto o lo otro*", eso no es así.

Sigue este punto:

Lo debe guardar en la memoria en un silencio de adoración amorosa.

Zacarías 2, 17:

- 14 *Grita de gozo y regocíjate, hija de Sión, pues he aquí que yo vengo a morar dentro de ti, oráculo de Yahveh.*
- 15 *Muchas naciones se unirán a Yahveh aquel día: serán para mí un pueblo, y yo moraré en medio de ti. Sabrás así que Yahveh Sebaot me ha enviado a ti.*
- 16 *Poseerá Yahveh a Judá, porción suya en la Tierra Santa, y elegirá de nuevo a Jerusalén.*
- 17 *¡Silencio, toda carne, delante de Yahveh, porque él se despierta de su santa Morada!*

Con una imagen poética, nos pide "**silencio amoroso**". Que no se puede hablar demasiado ante Dios, y mucho menos pretendiendo ponerle a Dios a "mi servicio" –contra otros-.

Ante Dios "silencio amoroso": *preséntale las cosas, ¡ponselas en sus manos!*.

Ante Dios con plena humildad, no pretender darle lecciones a Dios.

Se hace referencia al punto 435:

El Nombre de Jesús está en el corazón de la plegaria cristiana. Todas las oraciones litúrgicas se acaban con la fórmula *Per Dominum nostrum Jesum Christum...* ("Por nuestro Señor Jesucristo..."). El "Ave María" culmina en "y bendito es el fruto de tu vientre, Jesús". La oración del corazón, en uso en Oriente, llamada "oración a Jesús" dice: "Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí pecador". Numerosos cristianos mueren, como santa Juana de Arco, teniendo en sus labios una única palabra: "Jesús".

Se habla de la devoción al "**Nombre de Jesús toda la rodilla se doble...**".

La veneración del nombre de Jesús ha formado parte de la tradición católica.

Fray Luis de León –en el "siglo de oro español-, escribió un texto ""*de los nombres de Cristo*"

(El león de Judá, el cordero, puerta y camino, pastor, sacerdote, la vid, el rey de Dios, príncipe de la paz...)

Tantos santos han muerto pronunciando en sus labios el **nombre de Jesús**. Que nuestra última palabra sea el nombre de Jesús y María. Se nos ha enseñado a morir con estos nombres en nuestros labios.

Dice la sagrada escritura: "**No hay otro nombre en el que seamos salvos**". Solamente en el nombre de Jesús no podemos salvar: es ¡el salvador!.

Concluye este punto:

No lo empleará en sus propias palabras, sino para bendecirlo, alabarlo y glorificarlo (cf *Sal 29, 2; 96, 2; 113, 1-2*).

De Dios, es mejor callar si no es para bendecirlo, alabarlo y glorificarlo. Para decir tonterías, es mejor callarse.

Los salmos son una escuela de alabanza, de bendición y de glorificación de Dios, es una Escuela donde aprendemos a dirigirnos a Dios.

Salmo 29, 2:

2 *Rendid a Yahveh la gloria de su nombre, postraos ante Yahveh en esplendor sagrado*

Salmo 96, 2:

1 *¡Cantad a Yahveh un canto nuevo, cantad a Yahveh, toda la tierra,*
2 *cantad a Yahveh, su nombre bendecid! Anunciad su salvación día tras día,*
3 *contad su gloria a las naciones, a todos los pueblos sus maravillas.*

Salmo 113, 1-2:

(1) *¡Aleluya!*
1 *¡Alabad, servidores de Yahveh, alabad el nombre de Yahveh!*
2 *¡Bendito sea el nombre de Yahveh, desde ahora y por siempre!*

Alguno podrá preguntarse: ¿Qué diferencia hay entre alabar el "Nombre de Yahveh y Alabar a Yahveh...?"

En realidad no hay ninguna diferencia. Cuando se dice "*alabar el nombre de Yahveh*", en un matiz: es *alabar a Yahveh en la intimidad que tenemos con El, en la relación personal que tenemos con El.*

Ese Yahveh al que alabamos no es ningún desconocido para mí: ¡me ha dado su NOMBRE!

Igual que cuando decimos: Jesús o "el corazón de Jesús"; es lo mismo. Pero hablar del "corazón de Jesús", es subrayar que ese Jesús –el corazón de Jesús- me ama personalmente.

Lo dejamos aquí.